

Una leyenda entre montañas

Gregorio C. Luna

Una leyenda entre montañas



Gregorio C Luna

Capítulo 1

1

Entre las más oscuras calles que se encuentran en mi ciudad natal, las más circuladas son los que se encuentran en la zona centro, hay cantidades grandes de historias que las mismas personas han hecho mientras deambulan por esos lugares. Hay varias leyendas que pintan de historia cada una de las iglesias que se encuentran en este lugar. Sin embargo, las calles en extremo retiradas de la civilización urbana, a las afueras, en donde los arboles silban por las noches cuando el aire se agita y los animales emiten ruidos sobrenaturales, en donde perdura la matriz de la cultura indígena, ahí es donde se cuentan las historias más fantásticas.

2

Tan solo una vez llegue a los lugares más apartados, en donde pasar por las calles es quizás peligroso debido a que los lugareños de esa zona son desconfiados y son capaz de linchar a cualquiera que perturbe su tranquilidad. Sin embargo, llegué sin armar ningún escándalo pasando entre ellos como si fuera otro más de su linaje. Cargué mi cámara fotográfica en mi mochila y nunca la saqué. Caminé por un sendero de terracería que me comenzó a apartar de las casas, poco a poco, mientras más me alejaba, más distante se veía la ciudad desde la altura en la que me encontraba. Ya solamente se encontraba pastizal y árboles, el curso del camino comenzaba a volverse estrecho por la espesura de la maleza, yo por en medio, en las raíces de las montañas que comenzaban a ascender. Me sorprendió que al final de esa calle se encontrara una construcción hecho de materiales de concreto y estaba abandonado, como si se tratase de una propiedad que algún heredero de mucho tiempo atrás olvidó y jamás volvió, pues su aspecto era muy antiguo, donde debiera estar la puerta principal solamente se encontraba la apertura hacia dentro, a los costados se encontraban ventanas rotas y astilladas, la fachada amarillenta y pardusca como el color de los libros antiguos, el techo era de tejas y estaba hecho ruinas, tan solo sostenido por unos cuantos trozos de maderos podridos. En las paredes se encontraba dominado por unas ramas trepadas secas y con hojas rojas, como si se tratara de una red que abrazara al concreto por todos sus lados. Al fondo había otra apertura que parecía dar a otra habitación. El sitio era tan enigmático que no dudé en sacar una fotografía.

Me acerqué más, y entre paso y paso sentí que algo me observaba, la temperatura disminuyó, se volvió gélida, comenzaba a sentir que algo extraño podría salir de ese lugar. Me posicioné en paralelo a la entrada principal y vi desde ahí la habitación que era ese lugar. En el techo destrozado solamente se hallaba la vista hacia las montañas, pero a

través de ese agujero, la tonalidad de la realidad se tornó más sombrío, como si la imperiosidad de los oscuros y estrechos lugares, entre los árboles donde se ocultan los gusanos, donde anidan las larvas, en las cuevas de las montañas se deslizará algún ser que podría provocar mi muerte, o corroer mi carne. Bajé la mirada y noté que el umbral de la oscuridad de la habitación en ruinas me provocaba un pánico que me impedía inhalar, una sensación de desgaste, como si la habitación me respirara el color de los ojos, o el líquido de mi cuerpo... como si se nutriera de mí.

3

Al regresar a casa, comí como un glotón, tenía la sensación de haber bajado kilos de peso y de sentirme deshidratado. Es como si parte de la vitalidad se hubiera arraigado de mi al llegar a esa casa.

Días después, buscando alguna persona que me pudiera esclarecer la historia de esa casa olvidada, resolví en regresar a la misma zona y preguntar a los habitantes. La mayoría a los que pregunté me dirigieron a un hombre viejo que vivía en una comunidad indígena entre las montañas y a una hora lejos de la ciudad.

Realicé el viaje en la búsqueda de ese viejo, después de una semana de haberlo meditado y con un par de noches con unas pesadillas en donde me encontraba en la misma casa en donde una planta de colores rojizos crecía impetuosamente en vertical en las paredes.

Entre las montañas y bosques vastos y pesados se encontraba una pequeña comunidad en la que la gente muy gentilmente me ayudó a direccionarme hacia ese hombre en particular.

4

Su hogar era una casa de maderas con un patio amplio en donde se hallaba colgados ropas en lazos que funcionaban como tendederos, unos niños estaban jugando en la calle que era de terracería y por un momento recordé mi infancia con todos los amigos que dejé atrás. Al verme ellos se quedaron quietos con sus rostros de infantil sorpresa, saludé con la mano y una sonrisa. Caminé hacia la casa y toqué. Me abrió una joven. Tras un breve saludo pregunté por el hombre y mencioné el porqué de mi visita. Un hombre viejo en bastón con la espalda semierguida, cabello canoso, le aproxime quizás 70 años salió entre los umbrales misteriosos de su casa. Con toda la cordialidad que pude evocar, le saludé y le mencioné sobre las historias que podría traer de memoria y que me puedan esclarecer el misterio de la casa abandonada. Cuando le mencioné las características de ese lugar, el hombre habló con la joven (que podría ser su nieta) en un

idioma indígena que no supe distinguir.

Me permitieron pasar. Era una casa humilde, con mesas de madera y en el centro de lo que podría ser la sala se encontraba una fogata. La joven me ofreció una silla y me senté a lado del hombre quien me comenzó a relatar, con la joven como traductora la historia de aquella casa.

5

El viejo comenzó su historia:

—Cuentan las leyendas de los más viejos, que a las orillas de un valle, eran los primeros años de tu ciudad natal y las calles aún se contaban en pocas cuadras, un hombre adinerado había comprado los terrenos de las orillas de ese valle. Se trataba de un hombre no tan poderoso pero tenía un egoísmo tal que vendía a sus sirvientes indígenas como si fueran esclavos, y a pesar de que no poseía vastas riquezas tenía la altanería de verse como un hombre superior. Ese hombre tenía una única mujer y estaba embarazada, esa mujer dominaba la habilidad del don de la brujería. Una cosa es hacer figuritas con carne de animal y supuestos amarres que no son más que farsas, pero ella, ella conocía la brujería pura. De esa mujer se dice que aprendió una lengua a través de los sueños, y que esa lengua se trataba de los sonidos de agonía que los condenados en el infierno emitían cuando sus gritos ya no eran gritos, sino borboteos de sangre en la garganta. No poseía utensilios de brujería, sino la palabra, el conjuro de ese idioma infernal. Maldito, en verdad, maldito el día en que el hombre excedió sus límites golpeando a la mujer que poseía, maldito el momento en que aquella mujer perdió a su hijo, porque ella, maldijo al hombre con el satánico lenguaje e hizo que por todas las noches, el hombre soñara arrastrarse en carne viva en un desierto en el infierno. Y así sucedió pues el hombre se volvió loco y mató a su mujer. Tanto fue su tortura en sueños que jamás quiso volver a pegar el ojo. Pero fue inútil. En uno de sus sueños, mientras se arrastraba su carne en la tierra árida de ese desierto excavó en la tierra y vio una planta llena de espinas. Cortó un ramo de esa planta. Al despertar, el hombre tenía en la mano aquella planta insertada en la piel de sus palmas. Decidió plantarlo en la tierra. Esta planta creció hasta florecer sus ramas en todos los rincones de su casa, el hombre consumió una hoja de este plantío y murió envenenado. Hay personas que cuentan que, al comer estas hojas te salvas del infierno, pero mueres y reencarnas en un gusano con un ojo humano en una de las puntas y son gusanos que llegan a medir un metro, incluso las personas cuentan que la han visto y cuentan que no tiene pelos, parece de color de la piel y se come la carne podrida. Aunque de la planta, se cuenta que cuando “está dormida” es de color marrón, como seca, pero cuando “está despierto” se torna en un color rojo.

En ese momento, pregunté qué significaba que esté dormido o despierto, y me responde:

–Se duerme cuando no hay ningún animal cerca que posea vivacidad, ganas de vivir, como las aves o las personas y esta despierta cuando siente que se acerca un ser con vida alegre. La planta se roba tus esperanzas de vida... te roba años de vida. De la historia del hombre y su mujer bruja solo lo cuentan los de la época de mis tatarabuelos, pero lo de la planta y el idioma de los torturados, lo que se sabe de eso, quizás provenga de nativos de las civilizaciones cuando se construían monumentos a dioses no cristianos, a los dioses de antes.

Cuando el hombre terminó su relato, me sorprendió la sensación de regreso a la realidad, había más claridad en mi mente, aunque, por tratarse de una leyenda, solamente podría permanecer escéptico en silencio. Le agradecí evocando los mejores modales, me despedí de la joven y regresé a mi ciudad.

6

Durante el recorrido en camión, rememorando la historia que recién recogí, recordé haber tomado una fotografía con mi cámara a aquella casa maldita. Busqué en mi mochila de viaje y vi mi cámara que estaba a punto de descargarse, rápidamente empecé a buscar la foto. Y la encontré.

Ahí estaba, congelada a colores, en los costados de la casa podía ver ramas con hojas color rojo, realicé zoom en varias ocasiones y vi de esquina a esquina hasta ver muy en el fondo, en la habitación más profundo en donde no me arriesgue a entrar por la oscuridad que dominaba ese espacio, un brillo, un punto luminoso muy diminuto. Acerqué más la imagen y aumenté el valor del brillo. En esa espesura oscura y húmeda, se encontraba la silueta de un gusano, con un gran ojo. Al instante mi cámara se apagó.

A pesar de que después de eso no sucedió nada más, ni pesadillas y ni plantas - vampiro, aprendí que hay secretos en esta ciudad muy interesantes, quizás hayan otros por descubrir o lo suficientemente enterrados como para nunca encontrarlos.

Fin.